das **De Berck a Montparnase** que estoy escribiendo, en la forma siguiente: "Nos prestábamos libros y agitábamos en nuestra conversación altos problemas teológicos y científicos. A él le debo mi iniciación en una vida intelectual más elevada y más seria de lo que era la mía y por esto le estoy reconocido. Y si, al principio, la coherencia y la amplitud de sus doctrinas, que nada me había preparado a combatir, reforzó en mí el catolicismo hasta entonces bastante superficial o, en todo caso, cualesquiera que hayan sido a veces mis veleidades de rebelión, principalmente hereditario, creo que las discusiones provocadas por mi magro y heteróclito arsenal anticristiano no han dejado de afinar mi sentido crítico, todavía insuficiente, y de desarrollar mi agilidad especulativa, demasiado desprovista, en esa época, de puntos de apoyo".

Un poco más tarde, conocí a un benedictino, Dom Besse, muerto después, que había sido el amigo de Huysmans. Había él realzado, con Robert Valéry Radot **L' Univers** de Veuillot y era uno de los directores espirituales de los católicos de **"L'Action Francaise"**. En mis recuerdos citados, anoto que era "extremamente interesante, por la potencia de su personalidad, por su combatividad y por su erudición que, en ciertos dominios, era monumental". Y agrego: "Me indicó numerosas lecturas filosóficas, ascéticas. litúrgicas, místicas e históricas y le debo mucho, no solamente a causa de sus consejos, sino también a causa de la atmósfera muy particular que aportaba consigo para la comprensión de ciertos fenómenos de la vida interior, de la familiaridad con los arcanos de la vida religiosa y del estudio de ciertos períodos de la historia, principalmente la Edad Media y las luchas intelectuales del siglo XIX y del comienzo del siglo XX. Se entiende que, bajo su influencia, me torné ultramontano, antidemocrático y anticientista. Como con el cura belga de quien he hablado, yo estaba cautivado por la cohesión de sus ideas, que mi herencia y mi educación me preparaban a recibir y a juzgar las únicas viables. Y se me mostraba al lado de ellas una anarquía intelectual tan perniciosa, tentativas a tal punto quiméricas y al parecer tan contrarias a la naturaleza, a la verdad no solo religiosa y metafísica sino humana y social, que yo me sentía forzado a creer que fuera de la Iglesia no hay verdaderamente salud. No habiendo podido todavía aprender en las fuentes, aceptaba con confianza la imagen tendenciosa que me era suministrada de hombres y de doctrinas que he aprendido después a conocer y a amar, y sufría los errores de óptica anexos a un estrechamiento, voluntario o no, del horizonte, y que reflejan las tentativas que se hacen para fijar un estado de civilización superado, en el que sus beneficiarios quieren ver, sea o no de buena fé, la sola forma de civilización posible. En los conceptos de Dom Besse, habría podido observar las mismas antitésis fáciles e inexactas, la misma esquematización a veces incompleta y ultrancista que en un libro que me lo recuerda de una manera asombrosa, la **Defensa del Occidente** de Henri Massis, tan bien refutada, directamente o nó, por Waldo Frank, René Guillouin y otros".

Yo recorría cada día "L'Actión Francaise", que me pasaba mi abuelo, con la simpatía natural y el asentimiento fácil a que todo me había dispuesto. Dom Besse aumentó mi admiración por Charles Maurras y sus colaboradores. Ante el desorden de la época, ante el espectáculo de escándalos e impotencia que nos dá el régimen ¿cómo no dejarme seducir por un sistema político cuya arquitectura y articu-